

oir a todas estas naciones dezir
mayrines, y a cada vno en su len-
gua y canto.

Salidos desta sancta Iglesia a
las espaldas dela capilla mayor, y
en lo mas alto della, que es parte
del monte Caluarie, visitamos
vna capilla dōde fue el sacrificio
de Abraham.

Otra capilla visitamos cerca
desta, q̄ es adonde Melchisedech
le ofrecio pan y vino. Estas capi-
llas tienē frayles d̄ Ethiopia. Buel-
tos a nuestro conuento de sant
Saluador, estuvimos algunos
dias esperando a nuestros Truci-
man para tratar de nuestra buel-
ta. En estos dias reýteramos mu-
chas

chas vezes las demas estaciones
del mōte Syon, y Oliuete. A este
tiempo llegaron a Hierusalem
quatro frayles Franciscos que ve-
nian del Cayro, los dos Italianos
y los dos Españoles, el principal
dellos se llamaua fray Matheo Sa-
lerno, hombre noble, del Reyno
de Napoles, y muy virtuoso, que
venia por Comissario de Hierusa-
lem. El vno de los Españoles se
llama fray Luys de Quesada na-
tural de Sevilla. Este padre Saler-
no traxo dineros y muchas joyas
para el seruicio del sancto Sepul-
chro: auia muchas toallas, cor-
porales, y hijuelas muy ricas, que
embiauan por ofrenda, señoras

de España, y de Italia. Lleuaua
 assi mismo vn rico Caliz, que el
 Rey don Phelippe nuestro señor
 embiò: y otro Caliz y vna lam-
 para del gran Duque de Florécia
 muy rico. Todo esto me mostro
 a mi en la sacristia del moneste-
 rio por dar contento a mi desseo,
 y el holgo porque fuesse dello re-
 ftigo. Despues que estos frayles
 anduuiéron las estaciones en diez
 o doze dias, en las quales yo les
 acompañè, porque nunca cansa
 el ir, y venir a ellas. Tratamos de
 nuestra buelta a Italia, porque no
 teniamos mas que hazer. Y yen-
 do y viniendo nuestro Atala a de-
 zirnòs que nos boluiessemos con
 el a

el a Iafa, el padre Salerno dixo,
 que en ninguna manera queria ir
 por mar la costa de Palestina, por
 que entraua ya el Inuierno, y assi
 se resoluió en ir por tierra hasta
 Tripol, y yo tambien en ir en su
 compañía. Y auiendo yo estado
 vn mes en la sancta Ciudad, y los
 frayles quinze dias, dimos orden
 en nuestra partida.

Cada vno de los peregrinos
 dio al Guardian la limosna que
 le parecio de manera, que nues-
 tro hospedage no quedasse des-
 agradecido.

El Guardian nos dio las paten-
 tes, y testimonio de nuestra entra-
 da en Hierusalem, escriptas en
 I s perga-

pergamino, y con el sello del sancta Cenaculo.

CAPITULO OCHO

de nuestra salida de Hierusalem.

LEGADO el tiempo de nuestra salida de Hierusalem, el Guardian concerto con Atala nuestro Turciman, y con otros Moros vezinos de Hierusalem, que nos lleuassen hasta la ciudad de Damasco, q̄ son ochenta leguas. Salimos con estos Moros en nuestros jumentos (por

(porque en esta tierra los Christianos no andan a cauallo) siete frayles de sant Francisco, y seys peregrinos: los dos destos frayles yuá a la ciudad de Alepo, y otros tres yuan a Constátinopla: los otros dos, el padre Salerno y su compañero, que se llama fray Serafin, y vn lego que se llamaua Iulian Español, nos venimos juntos hasta Venecia, y Pedro Tudesco, y Nicolas Polaco de nacion.

Despedidos del guardian, y tomada su bendicion y abraçando aquellos benditos frayles, salieron hasta fuera de la Ciudad acompañando nos muchos pasos.

Sali-